

Libros

14

LA MEJOR NOVELA DE PIRATAS



¡RUMBO A PONIENTE!

CHARLES KINGSLEY
Ilustraciones de N. C. Wyeth
Traducción de Susana Carral
Rey Lear, Madrid, 2011
600 páginas, 34,95 euros

★★★★★

Charles Kingsley (1819-1875) fue uno de los escritores decimonónicos más celebrados de su tiempo. Sacerdote episcopaliano, llegó a ser capellán de la reina Victoria, dio clases de Historia Moderna en Cambridge y mantuvo una agria polémica con el gran pensador y cardenal católico John Henry Newman, recientemente beatificado por Benedicto XVI. Representa a la perfección los ideales británicos durante el siglo XIX, taimizados en su caso de un cierto laborismo *avant la lettre* y acribillados de ese sentimiento de superioridad que caracterizaba a los ingleses de la época.

Pero, ante todo y sobre todo, el polemista Kingsley fue un excelente narrador, y por eso seguimos leyendo sus relatos con la misma avidez y complicidad con que lo hacían sus contemporáneos, porque sus *plots* conservan el encanto de la mejor narrativa de todos los tiempos.

Un festín formidable

Entre las obras literarias de Charles Kingsley destacan una novela histórica sobre la filósofa pagana *Hipatia* (1853, traducida muy pronto al español, pero sin nombre de autor, y hoy presente en el catálogo de Edhasa), un manual de mitología griega para niños (*The Heroes. Greek Fairy Tales*, 1856; lo leí abreviado en un volumen de la deliciosa «Colección Araluce») y su título más famoso, *The Water-Babies* (1863), un clásico de la literatura infantil mil veces ilustrado dentro y fuera del ámbito anglosajón y traducido a nuestra lengua por Berta Roda (*Los niños del agua*, Rey Lear, 2007).

Dejo adrede para el final este formidable festín de la literatura de piratas que es *Westward Ho!* (1855), su me-

jor novela, vertida ahora primorosamente al español por Susana Carral como *¡Rumbo a Poniente!* en una edición de auténtico buen gusto que incluye las formidables ilustraciones a todo color que N. C. Wyeth, el discípulo amado de Howard Pyle, realizara en 1920 para la mítica edición neoyorquina del sello editorial Charles Scribner's Sons.

Duelos a espada

El relato se inicia en Bideford (Devon septentrional), durante el reinado de Isabel I, y narra las andanzas del joven Amyas Leigh, que embarca rumbo al Caribe junto a Drake para minar el poderío naval de Felipe II y preservar la honra de su amada Rose Salterne, perdida entre los brazos de don Guzmán de Soto, su raptor español.

Reúnan ustedes cuantos duelos a espada sean capaces de imaginar; añadan a esa colección incesantes persecuciones, abordajes navales en abundancia, paisajes de un exotismo estremecedor y misteriosos tesoros escondidos; agiten todos esos elementos en la coctelera de un prosista genial, y se encontrarán con *¡Rumbo a Poniente!*, una obra maestra, tal vez la mejor novela de piratas jamás escrita (junto a *La isla del tesoro*, de Stevenson, que no se publicaría en forma de libro hasta 1883), el gran relato de aventuras marinas del siglo aventurero por excelencia, el de James Fenimore Cooper y Julio Verne, el de Alejandro Dumas y Charles Dickens, el de Henry Rider Haggard y Paul Féval. Tal fue la fama de *Westward Ho!* que se bautizó con su nombre a un pueblo de Devon donde Kipling estudiaría y se inspiraría para escribir *Stalky & Co.*

LUIS ALBERTO DE CUENCA

GOYA CON UN «IPHONE»

COMO UN ÁNGEL SIN PERMISO. COMO VENDEMOS MISILES, LOS DISPARAMOS Y ENTERRAMOS A LOS MUERTOS

PLÁCID GARCÍA-PLANAS

Carena, Barcelona, 2012
132 páginas, 10 euros

★★★★★



Como *Rayuela*, y aunque hablamos de periodismo, no de ficción (hay una raya que no se puede cruzar, y Plácido García-Planas no la cruza: le he visto trabajar en Sarajevo, bajo las bombas), este libro se puede empezar a leer por cualquier sitio. Haga la prueba. Empezar por «Sueños, capuchas y un mosquito». Ha ido el reportero a cubrir los disturbios de agosto de 2011 en los suburbios londinenses, y escribe: «Siempre hay una guerra cerca. Esta madrugada, en Tottenham, si no es el monumento a los muertos en la Primera Guerra Mundial es el emigrante que se toma un pollo solitario en la West Green Road; viene de Somalia y todo esto le parece un cachondeo».

¿Dónde está la noticia?

Tras el punto y aparte: «Amanece y, rumbo en tren al barrio de West Croydon, un anuncio en el vagón hace tambalear este reportaje. Es la fotografía de un mosquito: este bicho mata a un niño africano cada 45 segundos, recuerda Christian Aid de la malaria... ¿Dónde está la noticia? ¿En West Croydon o en África? ¿Dónde debería estar?».

La pregunta más pertinente que cabe hacerse. Todos los días. Y no solo los que nos dedicamos a esto. Sino también

los que se forjan sus visiones del mundo a través de lo que contamos.

En el tramo final de la pieza (marca de la casa: breve e intenso, lleno de plasticidad, voces y sensaciones), se recrea en la descripción hasta que dice: «Recuerdo mis obligaciones de reportero y me pongo a preguntar». Y esgrime la pregunta: «¿Pura criminalidad o expresión de un descontento social?». A lo que le responde una mujer negra: «Es que aún no he tenido tiempo de leer la prensa».

Mal cuerpo

Una zancada más y hemos devorado el reportaje que, fiel a su pericia a la hora de titular y empezar, remata así: «De vuelta al centro de Londres, el mosquito que mata a un niño africano cada 45 segundos me empuja a calcular cuántos niños africanos han muerto desde que he salido del hotel. Y me entran ganas de ir a África».

Pero también se podría empezar por «Muerte de un travesti» (con las fotografías de Guillermo Cervera, su compañero de muchas fatigas, en la retina) y preguntarse: «¿Debe el reportero dejar mal el cuerpo? Probablemente. Porque el reportero es algo más que escribir un reportaje. Es como la *banlieu* parisina, el independentismo catalán o la mirada de un



travesti afgano: un estado de ánimo».

Nacido «en el seno de una familia textil de Sabadell en 1962», es reportero de *La Vanguardia* desde 1988. Ha cubierto las guerras yugoslavas, las dos guerras del golfo Pérsico y los conflictos de Libano, Israel, Palestina, Afganistán y Libia, entre otros.

Este viaje arranca con el suicidio en el metro de París de un estupendo y olvidado reportero de ABC que cubrió la Segunda Guerra Mundial (Jacinto Miquelarena) y lo cierra el certero epílogo del joven colega Jaime G. Mora (de García-Planas dice que sigue la estela de Gaziel y Grossman: